HACIA EL CONCEPTO DE UNA GENERACION PERDIDA MEXICANA

POR

SERGE I. ZAITZEFF
University of Calgary

Durante los primeros años del presente siglo se formó en la ciudad de México un grupo que cambiaría profundamente la evolución intelectual del país, por su rechazo de la filosofía imperante —el positivismo— y por su apasionada dedicación al estudio de las humanidades. Este grupo ya se hace notar en 1906 en las páginas de *Savia Moderna* y luego en 1907, en la Sociedad de Conferencias, antes de fundar, en 1909, el Ateneo de la Juventud, culminación de esa renovada vitalidad cultural. Según la historia literaria, esos escritores constituyen la Generación de 1910 o la Generación del Centenario o la Generación del Ateneo. Lo cierto es que tal clasificación presenta algunos problemas, ya que esta agrupación de autores —con unas cuantas excepciones— no exhibe la homogeneidad que se espera de una generación literaria. ¿Qué tienen en común, por ejemplo, Roberto Argüelles Bringas y Rafael López —miembros del Ateneo— con José Vasconcelos o Alfonso Reyes? Tanto por su edad como por su estética; aquellos poetas pertenecen claramente a otra época. De hecho, deberían considerarse más bien como epígonos del modernismo, igual que otros ateneístas, como Manuel de la Parra o Rafael Cabrera. En realidad sólo es lícito hablar de una Generación del Ateneo, si se elimina buena parte de los nombres que figuran en la larga lista oficial de dicha asociación para reducirla esencialmente a unos cuantos: Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Jesús T. Acevedo y el dominicano Pedro Henríquez Ureña. Estos autores comparten innegables afinidades espirituales y conviven en ese período de transformación intelectual mediante su activa participación en estimulantes conferencias, discusiones y lecturas. Estos mismos ateneístas han reconocido la unidad espiritual que los acercaba en esos años, pese a ciertas diferencias de orden político. A estas alturas no es posible negar que, de acuerdo con los requisitos formulados por Pedro Salinas u Octavio Paz, esos escritores formen una generación literaria.

En contraste con la clara afiliación de esos cinco o seis escritores a una llamada Generación del Ateneo, resulta algo más discutible el lugar que ocupan otros

“ateneístas”, que por razones de edad y de geografía, no pudieron participar ni en *Savia Moderna* ni en la Sociedad de Conferencias. Aunque es cierto que estos escritores luego trataron mucho a los integrantes de aquel grupo nuclear —cuya influencia fue decisiva en ellos— y que fueron también miembros del Ateneo de la Juventud, su participación en las actividades del cenáculo se limitó a la de observadores o por lo menos no figuraron como conferencistas al lado de Caso, Reyes, Henríquez Ureña y Vasconcelos. Además, es de notar que no se revelaron como autores de libros hasta más tarde, entre 1916 y 1917, o sea varios años después de la dispersión del Ateneo, la cual ocurrió a partir de 1913, cuando Victoriano Huerta tomó el poder y puso fin a la revolución maderista. En ese grupo menor de escritores sobresalen, en particular, Julio Torri y Mariano Silva y Aceves, quienes, a pesar de haber sido ateneístas, llegaron a formar con otros una subgeneración, con sus propias características, que permiten separarla de la reconocida Generación del Ateneo.

Veamos ahora los elementos principales de tal hipótesis. Ante todo cabe recordar que, con la disolución del Ateneo de la Juventud, México perdió a algunos de sus mejores espíritus, lo cual tuvo un fuerte impacto sobre los demás ateneístas y sobre la actividad cultural del país. Después de una época de intensa agitación intelectual, se instala un período de obscurecimiento —o de “desquiciamiento infernal”, como dice Antonio Caso— cuando los escritores que se quedaron en México ya casi no se veían. Sin la fructífera presencia de Alfonso Reyes o de Pedro Henríquez Ureña aquellos empezaron a conocer la soledad y la frustración intelectual. En particular Julio Torri, Mariano Silva y Aceves y Carlos Díaz Dufoo Jr. (este nunca perteneció al Ateneo) sufrieron los efectos de ese vacío que los hacía sentirse desterrados en su propio país. Alejados también de Antonio Caso intentan, no obstante, sobrevivir en medio del caos mediante extensas lecturas de Schopenhauer, Hegel y Wells, y también con prolongadas discusiones y frecuentes clases de inglés y de alemán. Estos exiliados, unidos por el mismo sentimiento de destierro y por semejantes inquietudes intelectuales, van creando poco a poco un cenáculo coherente que espera, frente a la barbarie, rescatar la cultura. A ellos se sumarían momentáneamente los “Castros” —es decir los adolescentes Antonio Castro Leal, Manuel Toussaint y Alberto Vázquez del Mercado— quienes también profesaban una marcada aversión a todo lo que se refería a cuestiones sociales para refugiarse en el mundo ideal de Goethe, Shaw y Platón.

Lo que faltaba para dar voz a esa generación dentro de una generación —es decir al grupo de Torri, Silva y Aceves, y Díaz Dufoo Jr.— era un órgano literario, una revista que los agrupara en una época que carecía casi totalmente de publicaciones de este tipo. De hecho, con la desaparición de *Nosotros*, en 1914, el panorama literario de México se encontraba extremadamente desolado. Los

heroicos intentos de fundar revistas literarias entre 1915 y 1916 acabaron en el fracaso, como lo ilustran los dos números de *México* y de *Gladios*. Pese a esos frustrados antecedentes, el grupo de Torri no se desalienta, ya que hacia principios de 1916 proyecta publicar “una gran revista literaria: *La Nave*”¹. Bajo la dirección de Pablo Martínez del Río se logra efectivamente el primer número de *La Nave*, en mayo del mismo año, con colaboraciones del grupo, así como de Pedro Henríquez Ureña y otros². No obstante la calidad de los textos —o tal vez por eso—este número distó de ser un éxito comercial. Para Pedro Henríquez Ureña —en junio de 1916—. *La Nave* simbolizaba, por su alto nivel intelectual, lo mejor que había salido de México en ese período post-ateneísta y es por eso que insta a Torri y a sus compañeros a seguir adelante y por encima de todo insiste en que “el grupo se mantenga lo más puro posible”³, evitando así el error principal del Ateneo, que fue admitir a demasiados socios. Desde Nueva York el maestro dominicano analiza detenidamente el contenido de la revista e inclusive manda otro artículo suyo para el próximo número, pero más que nada señala el surgimiento de lo que parece ser una nueva generación. Para Henríquez Ureña “*La Nave* representa, con su solo número [...] el nuevo grupo superior de México, y como tal vale mucho”⁴. Por esas razones no deja de estimular a Torri, Silva y Aceves y Díaz Dufoo Jr. a publicar libros y a continuar con la admirable labor de *La Nave* cuyo futuro considera sumamente prometedor. Al respecto, Henríquez Ureña le confiesa a Torri lo siguiente: “Yo tengo la esperanza de que *La Nave* haga, literariamente, más que el Ateneo; pero eso tiene que ser por medio de la actividad. Guerra a los escritores que no escriben”⁵. Por lo visto el crítico establece una marcada distinción entre su propia generación —la del Ateneo— y la que agrupa a esos jóvenes. Por su parte, Alfonso Reyes concuerda con los juicios de su compañero al preferir “los jóvenes decentes de *La Nave* al mundo confuso y todavía bohemio del Ateneo”⁶. Es curioso

¹ Carta de Julio Torri a Pedro Henríquez Ureña fechada en 1916 (¿enero?). Recogida en nuestro *El arte de Julio Torri*. (México: Editorial Oasis, 1983), p. 130.

² Entre los demás colaboradores de *La Nave* figuran Antonio Caso, Alfonso Cravioto, Enrique González Martínez, Xavier Icaza, El Marqués de San Francisco y Manuel de la Parra.

³ Carta inédita de Pedro Henríquez Ureña a Julio Torri fechada el 10 de junio de 1916.

⁴ Carta inédita de Pedro Henríquez Ureña a Julio Torri fechada el 29 de junio de 1916.

⁵ Carta inédita de Pedro Henríquez Ureña a Julio Torri fechada el 9 de agosto de 1916.

⁶ Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña con fecha del 10 de diciembre de 1916. Recogidas en Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *Epistolario íntimo (1906-1946)*, Tomo III. Recopilación de Juan Jacobo de Lara. (Santo Domingo, R. D.: UNPHU, 1983), pp. 30-31.

observar que el Reyes de 1916 se refiere a sus amigos de *La Nave* como a los “jóvenes” a pesar de ser coetáneos o casi. El también, pues, parece discernir la existencia de un grupo o de una generación distinta a la suya. Pedro Henríquez Ureña vuelve a tratar ese mismo tema en una reveladora carta dirigida a Alfonso Reyes el 8 de agosto de 1917. Para él, la Generación del Ateneo fue en general poco productiva fuera de dos o tres casos notables; es decir, que en realidad, tal generación se reduce concretamente a Caso, Reyes y Henríquez Ureña. Cabe notar que éste excluye deliberadamente de ese grupo —pese a la sincera admiración que les tenía— a Torri y a Silva y Aceves⁷, para colocarlos en otra generación. Don Pedro asevera con toda claridad: “Los posteriores a ti [Reyes] comienzan mejor: en *La Nave* se ha comenzado dando por sabido todo lo que nosotros aprendimos. Tal vez no hagan cosa mejor que nuestro grupo (la culpa será de tu país); pero comienzan mejor: no han tenido que descubrir por su cuenta a Platón, ni a Goethe”⁸. En el fondo Henríquez Ureña y Reyes se consideran con razón los maestros de Torri y su grupo. Aún en el caso de la íntima amistad que unió a Reyes con Torri se revela a menudo una relación de maestro-discípulo. Con frecuencia Reyes se propone estimularlo, le da consejos, lo guía, pero a veces lo trata —como se lo reprocha el propio Torri— con “la socarronería de un hombre grande con un pobre niño de cinco años”⁹. Si esos “jóvenes” se sintieron profundamente desilusionados e inadaptados a raíz del éxodo de sus maestros, lo cierto es que la mala fortuna los siguió persiguiendo con el fracaso de *La Nave*, la cual (con palabras de Francisco Monterde) “no volvió a zarpar” después del número inicial. Pese a las reuniones del grupo de *La Nave*, que se reanudan en casa de Pablo Martínez del Río —después de una estancia de varios meses en Madrid— y de las tentativas de resucitar la revista para fines de 1918, naufraga definitivamente el órgano de aquel malogrado grupo. El naufragio podría ser el símbolo de esa generación perdida, aparentemente destinada al fracaso.

Para 1919 el grupo, tal vez desalentado por las circunstancias, se va disolviendo poco a poco: Díaz Dufoo Jr. y Xavier Icaza (otro amigo de *La Nave* y traductor de Nietzsche) se trasladan a Tampico, Martínez del Río se aleja de sus compañeros, Torri y Silva y Aceves siguen soñando con abandonar el país, donde

⁷ Tampoco los incluye en sus diversos trabajos dedicados al Ateneo de la Juventud. Véase Pedro Henríquez Ureña, *Estudios mexicanos*. Edición de José Luis Martínez. (México: Fondo de Cultura Económica/Cultura SEP, 1984).

⁸ *Epistolario íntimo*, III, p. 53.

⁹ Carta de Julio Torri a Alfonso Reyes con fecha de noviembre de 1917. Recogida en nuestra edición de Julio Torri, *Diálogo de los libros*. (México: Fondo de Cultura Económica, 1980), p. 211.

se les hacía “irrespirable el aire”¹⁰, pero las esperanzas de salir en exilio diplomático tampoco se realizan. La soledad, la frustración y la inadaptación vuelven a caracterizar su vida en esos años difíciles. Por un momento por lo menos parecía que se iba a consolidar un pequeño grupo selecto con sus tertulias, su revista, su propio mundo, pero los dioses no los favorecieron. Una vez más se encuentran esencialmente separados, aislados, solos y solamente de modo esporádico coincidirán con escasas colaboraciones en las revistas de los otros. Les hacía falta la presencia de Reyes o de Henríquez Ureña para sacudirlos de la inercia. Sin duda las condiciones de México y la lejanía de los maestros en esa etapa decisiva de su evolución contribuyeron a la formación de una generación perdida. Desterrados en su patria —lo cual puede ser bastante más doloroso que el exilio en el extranjero— estos escritores fueron víctimas de la dispersión producida por la situación política de México. Al reintegrarse Reyes a México en 1938 ya era demasiado tarde: Díaz Dufoo Jr. se había suicidado en 1932, Silva y Aceves había muerto a los cincuenta años de edad y Torri seguía siendo el cuentagotas, como lo había caracterizado Antonio Caso en 1917¹¹.

Si es cierto que la ausencia de los “mayores” contribuyó a la esterilidad de ese grupo, al mismo tiempo hay que reconocer que ésta no es la única explicación. Su escasa obra es también el resultado de una parecida actitud estética que persigue el elevado ideal de la perfección. Son rigurosos estilistas que anhelan la frase perfecta y depurada para llegar a sugerir alguna idea, algún matiz. Esta depuración estilística no solamente se opone, en el caso de estos escritores, a la prolijidad, sino que encuentra su vehículo ideal en las formas breves: el aforismo, la máxima, el epigrama, el ensayo corto, el poema en prosa, el cuento. Estos géneros —a veces híbridos— les permiten captar el germen de una idea sin tener que desarrollarla o agotarla, lo cual corresponde exactamente a su exigente concepto del arte. La brevedad, la concisión, la sugerencia, apuntan hacia un lenguaje que se podría llamar generacional.

Pese a la fuerte individualidad de cada uno, estos escritores tienen también en común cierto gusto por la ironía, que nace de su escéptica visión del mundo. El más pesimista de ellos es Díaz Dufoo Jr., gran lector de libros filosóficos y en particular de Schopenhauer, mientras que Torri y Silva y Aceves observan la vida con menos amargura. En general este grupo (menos en el caso de Silva y Aceves) se siente atraído por la reflexión filosófica o metafísica alejada de los problemas relaciona-

¹⁰ Carta de Julio Torri a Pedro Henríquez Ureña fechada el 14 de abril de 1919. En *El arte de Julio Torri*, p. 121.

¹¹ Antonio Caso, “De la marmita al cuenta gotas”, *El Universal Ilustrado*, 23 de noviembre de 1917.

dos con la dura realidad del país, donde viven en un auténtico exilio interior. Devotos del arte, de las ideas, de la belleza, desdénan la fealdad que los rodea, para buscar refugio en el mundo del espíritu. A menudo sus textos parecen ser fragmentos de un diario espiritual. Este aparente rechazo de la realidad se manifiesta también en sus frecuentes vuelos de fantasía e imaginación y en cierta atracción hacia temas coloniales. De hecho, mediante este regreso al pasado de México que recrean en espléndidas estampas, buscan las raíces del país, como lo había hecho en sus ensayos otro ateneísta malogrado, Jesús T. Acevedo¹². Así, aunque son autores fundamentalmente universalistas, a veces se ve en ellos un auténtico interés por indagar en la esencia de su patria, o sea, por recuperar tal vez lo perdido.

El rigor estilístico, las preferencias genéricas, las afinidades espirituales y la actitud ante el mundo les dan a los miembros de este grupo cierta homogeneidad, cierto aire de familia que los separa de un Vasconcelos, de un Guzmán y aun de un Reyes. Al morir Carlos Díaz Dufoo Jr., en 1932, es interesante notar que su amigo Julio Torri le dedica unas páginas en las cuales lo vincula a una generación de "escritores malogrados"—entre ellos Couto, Gómez Robelo y Acevedo, que "nos dejaron breve producción pero de sorprendente calidad"¹³. Y luego Torri subraya la inadaptación de su compañero, su idealismo espiritual su "sed de infinitud", su desdén por la gloria, su "extranjería" en el mundo, en fin, todo lo que distingue a esa generación que llamamos perdida y a la cual pertenecen también tanto el propio Julio Torri como Mariano Silva y Aceves.

Por último, es justificado hablar de una generación perdida si se toma en cuenta su condición de marginados en la historia de la literatura mexicana. Ellos mismos nunca buscaron la fama ni el reconocimiento; es más, siempre desconfiaron de escritores exitosos y se mostraron totalmente indiferentes a la vida literaria, o sea, a la política literaria, prefiriendo la soledad y el silencio. Quizá este mismo desdén por el *establishment* fue en parte la razón por la cual éste los ignoró durante tantos años. Carlos Díaz Dufoo Jr., el más parco del grupo, ni figura en el indispensable y amplio *Diccionario de escritores mexicanos*. Mariano Silva y Aceves es todavía un narrador prácticamente desconocido en su país, mientras que Julio Torri, el más brillante de esa generación, empieza por fin a ser plenamente reconocido. En cierto sentido, fueron víctimas del inmenso prestigio alcanzado por las estrellas del Ateneo, y aún su influencia en los singulares textos de Juan José

¹² Véase *Disertaciones de un arquitecto*. (México: Instituto Nacional de Bellas Artes, 1967).

¹³ "Carlos Díaz Dufoo, hijo", *Examen*, agosto de 1932, p. 3. También en Julio Torri, *Tres libros*. (México: Fondo de Cultura Económica, 1964), pp. 158-161.

Arreola y Augusto Monterroso tardó en ser debidamente aceptada. Con la distancia necesaria y con el rescate que se ha realizado de sus obras¹⁴ esta generación perdida mexicana —ubicada entre la Generación del Ateneo y la de 1915— podrá tal vez vencer definitivamente el olvido y conquistar el lugar que le corresponde en las letras mexicanas.

¹⁴ Véanse nuestras ediciones de Julio Torri, *Diálogo de los libros*, (FCE, 1980), Ricardo Gómez Robelo y Carlos Díaz Dufoo Jr., *Obras* (FCE, 1981) y Mariano Silva y Aceves, *Un reino lejano* (FCE, 1985).